

L. M. MONTGOMERY

Ana
de Tejas Verdes

Traducción de
ELENA CASARES LANDAURO

Ilustraciones de
JOSÉ ESPINOSA Y ANTONIO CUESTA



TOROMÍTICO

Título original *Anne of Green Gables*

© de la traducción ELENA CASARES LANDAURO, 2013

© de las ilustraciones JOSÉ ESPINOSA Y ANTONIO CUESTA, 2013

© de esta edición EDICIONES EL TOROMÍTICO, S.L., 2013

Primera edición: mayo de 2013

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Edición de ÓSCAR CÓRDOBA, JAVIER ORTEGA Y ANTONIO CUESTA

Imprime: LINCE ARTES GRÁFICAS

ISBN: 978-84-96947-92-4

Depósito Legal: CO-858-2013

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

ÍNDICE

I. La sorpresa de la señora Rachel Lynde	9
II. La sorpresa de Matthew Cuthbert.....	17
III. La sorpresa de Marilla Cuthbert.....	31
IV. La mañana en Tejas Verdes.....	38
V. La historia de Ana	44
VI. Marilla toma una decisión	50
VII. Ana reza sus oraciones.....	56
VIII. Comienza la educación de Ana	60
IX. La señora Rachel Lynde se queda estupefacta.....	68
X. La disculpa de Ana	75
XI. Las impresiones de Ana sobre la escuela dominical.....	83
XII. Voto solemne y promesa.....	89
XIII. La delicia de la expectativa.....	95
XIV. La confesión de Ana	100
XV. Una tempestad en la escuela	108
XVI. Ana invita a Diana a tomar el té, con trágico resultado	123
XVII. Un nuevo interés por la vida	134
XVIII. Ana al rescate.....	140
XIX. Concierto, catástrofe y confesión	150
XX. Una imaginación desbocada.....	162

XXI. Un nuevo estilo de condimentar.....	168
XXII. Ana invitada a tomar el té.....	178
XXIII. Ana sufre por una cuestión de honor.....	182
XXIV. La señorita Stacy organiza un concierto.....	189
XXV. Matthew insiste en las mangas abombadas.....	193
XXVI. La creación del club del cuento.....	203
XXVII. Vanidad y disgusto.....	211
XXVIII. Una desgraciada doncella de los lirios.....	219
XXIX. Una época en la vida de Ana.....	227
XXX. La creación de la clase de ingreso en la Academia.....	236
XXXI. Donde el arroyo y el río se encuentran.....	248
XXXII. La lista de aprobados.....	255
XXXIII. El concierto del hotel.....	263
XXXIV. Una chica de la Academia de la Reina.....	273
XXXV. El invierno en la Academia de la Reina.....	280
XXXVI. La gloria y el sueño.....	285
XXXVII. El segador cuyo nombre es la muerte.....	291
XXXVIII. La curva en el camino.....	299

CAPÍTULO I

LA SORPRESA DE LA SEÑORA RACHEL LYNDE



LA SEÑORA RACHEL LYNDE vivía justo donde la calle principal de Avonlea se hundía hacia una hondonada, bordeada con alisos y pendientes de la reina y cruzada por un arroyo que nacía más arriba en los bosques de la vieja casa Cuthbert; tenía fama de ser un arroyo intrincado que se precipitaba en la primera parte de su curso a través de aquellos bosques, con oscuros secretos de remansos y cascadas; sin embargo, cuando llegaba a la hondonada de Lynde era un pequeño riachuelo silencioso y bien encauzado, ya que ni siquiera un arroyo podría pasar por la puerta de la señora Lynde sin el debido respeto por la decencia y el decoro; probablemente era consciente de que la señora Rachel estaba sentada junto a su ventana, con un ojo atento a todo lo que pasara, ya fuera un arroyo o unos niños, y si notara algo extraño o fuera de lugar no descansaría hasta haber figoneado completamente todos los porqués de la cuestión.

Hay mucha gente, tanto en Avonlea como fuera de ella, que se ocupa de los asuntos de sus vecinos a fuerza de desatender los suyos propios; pero la señora Rachel Lynde era una de esas criaturas capaces que pueden ocuparse de sus propias preocupaciones y, a la sazón, de las de otras personas. Era un ama de casa notable; sus tareas siempre estaban hechas y bien hechas; dirigía

el círculo de costura, ayudaba a dirigir la escuela dominical y era el apoyo más firme de la Sociedad de Ayuda de la Iglesia, además de auxiliar de las misiones extranjeras. Sin embargo, a pesar de todo esto la señora Rachel disponía de tiempo de sobra para sentarse durante horas junto a la ventana de su cocina, tejiendo edredones de algodón —había tejido dieciséis, según decían las amas de casa de Avonlea con tono reverente— y mirando con atención la carretera principal que cruzaba la hondonada y se enroscaba camino arriba más allá de la empinada colina roja. Puesto que Avonlea ocupaba una pequeña península triangular que se adentraba en el Golfo de San Lorenzo, con agua en dos de sus lados, cualquiera que entrara o saliera de la misma tenía que transitar la carretera de la colina y someterse así al ojo escrutador de la señora Rachel.

Estaba sentada allí aquella tarde a primeros de junio. El sol entraba por la ventana, cálido y brillante; el huerto de la pendiente bajo la casa tenía un rubor nupcial blanco rosado y se oía el zumbido de una miríada de abejas. Thomas Lynde —un hombre pequeño y tímido al que la gente de Avonlea llamaba «el marido de Rachel Lynde»— estaba sembrando su última semilla de nabo en el campo de la colina que había más allá del granero; y Matthew Cuthbert debía haber estado sembrando la suya en el gran campo de tierra rojiza junto al arroyo de más allá de Tejas Verdes. La señora Rachel sabía que debía estar haciendo eso porque le había oído decirle a Peter Morrison, la noche anterior, en la tienda de William J. Blair en Carmody, que tenía la intención de sembrar sus semillas de nabo la tarde siguiente. Peter le habría preguntado, claro está, ya que Matthew Cuthbert nunca había sido conocido por brindar información sobre nada en toda su vida.

Y sin embargo aquí estaba el señor Cuthbert, a las tres y media de la tarde de un día de trabajo, conduciendo plácidamente por la hondonada y hacia la colina; además, llevaba su mejor traje, lo que era una prueba evidente de que estaba saliendo de Avonlea; iba con su calesa y la yegua alazana, lo que presagiaba que se dirigía a una distancia considerable. Entonces, ¿a dónde iba Matthew Cuthbert y por qué iba allí?

Si hubiera sido cualquier otro hombre de Avonlea, la señora Rachel, uniendo hábilmente esto y aquello, podría haber tratado de adivinar la respuesta a ambas preguntas. Pero Matthew salía con tan poca frecuencia de su casa que tenía que ser algo apremiante e inusual lo que le movía; era el hombre más tímido del mundo y odiaba tener que andar entre extraños o ir a cualquier lugar donde tuviera que hablar. Matthew, vestido con su mejor traje y conduciendo la calesa, era algo que no ocurría a menudo. La señora Rachel, a pesar de todo lo que discurrió, no pudo sacar nada en claro, y su tarde de disfrute se estropeó.

—Me pasará por Tejas Verdes después del té y me enteraré por Marilla de dónde ha ido su hermano y para qué —concluyó finalmente la digna señora—. Él no va generalmente a la ciudad en esta época del año y nunca visita a nadie; si se hubiera quedado sin semillas de nabo no se habría vestido elegantemente ni habría cogido la calesa para ir a por más; tampoco estaba conduciendo tan rápido como para ir a por el médico. Sin embargo, algo debe haber ocurrido desde anoche para hacerle actuar así. Estoy completamente perpleja, eso es lo que pasa, y no encontraré ni un solo minuto de paz hasta que sepa lo que ha llevado hoy a Matthew Cuthbert fuera de Avonlea.

En consecuencia, la señora Rachel partió después del té; no tenía que ir muy lejos; la gran casa emparrada llena de rincones y recovecos donde vivían los Cuthbert estaba escasamente a un cuarto de milla por el camino de la hondonada de Lynde. Aunque el largo sendero aumentaba bastante la distancia. El padre de Matthew Cuthbert, tan tímido y silencioso como su hijo, cuando fundó su casa se había alejado tanto como pudo de sus semejantes sin llegar a refugiarse en el bosque. Tejas Verdes había sido construido en el lugar más apartado de su terreno, y allí seguía desde entonces, apenas visible desde la carretera principal a lo largo de la cual todas las otras casas de Avonlea estaban tan socialmente situadas. La señora Rachel Lynde no consideraba que vivir en un lugar como ese fuera realmente vivir.

—Es un simple *estar*, nada más —decía mientras caminaba por el sendero atravesado por profundos surcos, cubierto de hierba

y rodeado por arbustos de rosas silvestres—. No me sorprende que Matthew y Marilla sean un poco raros, viviendo tan lejos y solos. Los árboles no dan mucha compañía, aunque quién sabe si habría suficientes si la dieran. Yo prefiero ver gente. Aunque parecen bastante satisfechos; pero supongo que es porque están acostumbrados. El cuerpo puede acostumbrarse a cualquier cosa, incluso a que lo cuelguen, como decía un irlandés.

Con estos pensamientos la señora Rachel salió del sendero hasta el jardín trasero de Tejas Verdes. Era muy verde y estaba bien cuidado y dispuesto, con grandes sauces patriarcales a un lado y serios álamos en el otro. No había ni un trozo de madera ni una piedra a la vista, porque de ser así la señora Rachel los habría visto. Tenía la opinión de que Marilla Cuthbert barría aquel jardín tan a menudo como barría su casa. Se podía comer en el suelo sin necesidad de quitar la proverbial mota de polvo.

La señora Rachel llamó cortésmente a la puerta de la cocina y entró cuando la invitaron a hacerlo. La cocina de Tejas Verdes era una habitación alegre —o lo habría sido, de no estar tan dolorosamente limpia como para dar la impresión de ser un salón sin uso—. Las ventanas estaban orientadas hacia el este y el oeste; a través de esta última, que miraba hacia el jardín trasero, entraba la suave luz del sol de junio inundando toda la estancia; sin embargo, la del este, por donde se veían las flores blancas de los cerezos del huerto a la izquierda y los abedules esbeltos y oscilantes en la hondonada del arroyo, estaba reverdecida por una maraña de parras. Aquí se sentaba Marilla Cuthbert, cuando se sentaba, siempre ligeramente desconfiada de la luz del sol, que le parecía demasiado danzarina e irresponsable para un mundo que estaba destinado a ser tomado en serio; y ahí estaba sentada ahora, tejiendo, con la mesa a su espalda preparada para la cena.

La señora Rachel, antes de haber cerrado completamente la puerta, ya había tomado nota mental de todo lo que había en la mesa. En ella estaban colocados tres platos, de modo que Marilla debía estar esperando a alguien que vendría con Matthew para la hora del té; pero los platos eran los de diario, y solo había mermelada de manzana y un único tipo de pastel, de modo que la com-

pañía esperada no debía ser muy extraordinaria. Entonces, ¿a qué venían el traje elegante de Matthew y la yegua alazana? La señora Rachel casi se marea un poco con esta extraña incógnita en la tranquila y poco misteriosa Tejas Verdes.

—Buenas tardes, Rachel —saludó Marilla enérgicamente—. Hace una tarde preciosa, ¿no le parece? ¿No le apetece sentarse? ¿Cómo están los suyos?

Algo que a falta de una definición más exacta podría llamarse amistad existía y siempre había existido entre Marilla Cuthbert y la señora Rachel, a pesar de —o quizá a causa de— sus diferencias.

Marilla era una mujer alta y delgada, con ángulos y sin curvas; su pelo oscuro mostraba algunas canas y siempre lo llevaba recogido en un pequeño moño, con dos horquillas agresivamente clavadas en él. Tenía la apariencia de una mujer de experiencia limitada y conciencia rígida, y así era; pero parecía mostrar cierta promesa alrededor de su boca que, de haber sido ligeramente desarrollada, podría haber sido considerada indicativa de sentido del humor.

—Todos estamos muy bien —respondió la señora Rachel—. Era yo la que temía que vosotros no lo estuvierais al ver a Matthew marchándose hoy. Pensé que quizá iba al médico.

Marilla hizo una mueca de comprensión. Había estado esperando a la señora Rachel; sabía que la vista de la extraña partida de Matthew sería demasiado para la curiosidad de su vecina.

—Oh, no, estoy muy bien, aunque ayer tuve un terrible dolor de cabeza —dijo—. Matthew fue a Bright River. Esperamos un chiquillo de un orfanato de Nueva Escocia que llega esta noche en el tren.

La señora Rachel no se habría sorprendido más si Marilla le hubiera dicho que Matthew había ido al Bright River a encontrarse con un canguro de Australia. De hecho se quedó muda cinco segundos. No era posible que Marilla estuviera burlándose de ella, pero la señora Rachel casi se vio obligada a creerlo.

—¿Lo dice en serio? —preguntó cuando recuperó la voz.

—Sí, por supuesto —contestó, como si recoger chicos de orfanatos de Nueva Escocia fuera parte del trabajo habitual de pri-

mavera en una granja bien administrada de Avonlea en lugar de ser una innovación inaudita.

La señora Rachel sintió que había recibido una impresión mental severa. Pensó con símbolos de exclamación. ¡Un chico! ¡De entre toda la gente Marilla y Matthew Cuthbert adoptando un niño! ¡De un orfanato! ¡Vaya por Dios, el mundo anda patas arriba! ¡Nada más podría sorprenderla después de esto! ¡Nada!

—¿Quién le ha metido esa idea en la cabeza? —le dijo en tono de reproche.

Se había hecho sin contar con su consejo y debía, por tanto, rechazarse.

—Bueno, hemos estado pensándolo un tiempo; todo el invierno, de hecho —respondió Marilla—. La señora Alexander Spencer estuvo aquí un día antes de Navidad y nos dijo que iba a adoptar una niñita del orfanato de Hopetown en primavera. Su prima vive allí y la señora Spencer la ha visitado y sabe cómo funciona. De manera que Matthew y yo lo hemos estado hablando desde entonces. Pensamos acoger a un chico. Matthew está ya entrado en años, tiene sesenta, como sabe, y ya no es tan activo como antes. Su corazón le molesta bastante. Y usted está al tanto de lo desesperantemente difícil que se ha vuelto contratar trabajadores. No se puede conseguir a nadie salvo esos estúpidos e imberbes muchachos franceses; y en cuanto se consigue que se acostumbren a nuestra forma de ser y les enseñan algo se marchan a las fábricas de conservas de langostas o a los Estados Unidos. Al principio Matthew sugirió adoptar un chico británico. Pero yo le dije tajantemente que no. «Puede que estén muy bien, no digo que no lo estén, pero no quiero un vagabundo de Londres», dije. «Tráeme al menos a un oriundo de por aquí. Correremos un riesgo, no importa a quién traigamos. Pero me sentiré más tranquila y dormiré más calmada si adoptamos a un canadiense». Así que al final decidimos pedirle a la señora Spencer que escogiera uno para nosotros cuando fuera a recoger a su niñita. Supimos la semana pasada que ella iba a ir, así que le mandamos decir mediante los parientes de Richard Spencer en Carmody que nos trajera un muchacho inteligente y bien parecido, de unos diez u once años. Decidimos que esa sería

la mejor edad, lo bastante mayor para prestar ayuda en las tareas domésticas y suficientemente pequeño como para enseñarle apropiadamente. Queremos darle un buen hogar y una educación. Nos llegó un telegrama de la señora Spencer, el cartero lo trajo desde la estación, diciendo que llegarían hoy en el tren de las cinco y media. De modo que Matthew ha ido a Bright River a encontrarse con él. La señora Spencer lo dejará allí, ya que ella ha de seguir camino hasta la estación de White Sands.

La señora Rachel se preciaba de decir siempre lo que pensaba; se dispuso a decirlo ahora, una vez ajustada su actitud mental a la sorprendente noticia.

—Bueno, Marilla, le diré claramente que creo que está cometiendo un terrible error. Un error peligroso, eso es. Usted no sabe a quién recibe. Está trayendo un niño extraño a su casa y a su hogar, y no sabe una sola cosa sobre él, ni cuál es su carácter, ni qué clase de padres tuvo, ni en qué puede convertirse. Fíjese que solo la semana pasada leí en el periódico que un hombre y su mujer, de la zona oeste de la isla, acogieron a un chico de un orfanato que prendió fuego a la casa por la noche. Le prendió fuego a propósito, Marilla, y casi consigue quemarlos en sus propias camas. Y sé de otro caso de un chico adoptado que acostumbraba a sorber los huevos. No pudieron conseguir que dejara de hacerlo. Si me hubieran pedido consejo sobre este asunto, cosa que no han hecho, Marilla, les habría dicho que por favor no pensarán en hacer tal cosa, eso es.

Este consuelo al estilo de Job pareció no ofender ni alarmar a Marilla. Siguió tejiendo sin interrumpirse.

—No niego que no haya algo de verdad en lo que dice, Rachel. He tenido mis propios escrúpulos. Pero Matthew estaba firmemente decidido. Podía verlo, de modo que cedí. Es tan poco frecuente que Matthew se decida por algo que cuando lo hace siempre siento que es mi deber ceder. Y en cuanto al riesgo, hay riesgos en prácticamente todo lo que uno hace en este mundo. Hay riesgos cuando la gente tiene sus propios hijos, llegado el caso, no siempre salen bien. Además, Nueva Escocia está muy cerca de la isla. No es que estemos adoptándolo de Inglaterra o de los Estados Unidos. El chico no puede ser muy diferente de nosotros mismos.

—Bueno, espero que todo salga bien —dijo la señora Rachel en un tono que mostraba claramente sus dolorosas dudas—. Pero no diga que no le avisé si el chico quema Tejas Verdes o echa estricnina en el pozo. Oí de un caso por New Brunswick donde un niño de un orfanato hizo eso y toda la familia murió en una agonía terrible. Solo que en ese caso era una niña.

—Bueno, nosotros no vamos a adoptar una niña —dijo Marilla, como si envenenar pozos fuera una tarea exclusivamente femenina y no hubiera que temerle en el caso de un chico—. Ni se me ocurriría traer una niña para criarla. Me sorprende que la señora Alexander Spencer lo haga. Pero ella no dudaría en adoptar un orfanato entero si se le metiera en la cabeza.

La señora Rachel habría querido quedarse hasta que Matthew regresara a casa con su huérfano importado. Pero al pensar que quedaban al menos sus buenas dos horas antes de que llegaran, decidió ir camino arriba hasta lo de Robert Bell y contarles las noticias. Sin duda provocaría una sensación insuperable y la señora Rachel adoraba causar esa sensación. De manera que partió, en cierto modo para alivio de Marilla, pues ésta sintió sus dudas y temores revivir bajo la influencia del pesimismo de la señora Rachel.

—¡Vaya, por todos los santos del cielo! —exclamó la señora Rachel cuando estuvo a salvo en el sendero—. Realmente parece que estuviera soñando. Bueno, lo siento mucho por ese pobre chico, y no me equivoco. Matthew y Marilla no saben nada de niños y ellos van a esperar de él que sea más sabio y juicioso que su propio abuelo, si es que alguna vez lo tuvo, cosa que es dudosa. Resulta sorprendente pensar que haya un niño en Tejas Verdes; nunca antes ha habido uno, ya que Matthew y Marilla ya eran mayores cuando se construyó la casa nueva, si es que ellos realmente fueron alguna vez niños, algo difícil de creer cuando uno los mira. No me gustaría estar en la piel de ese huérfano por nada del mundo. Lo compadezco, eso es.

Eso les dijo la señora Rachel a los arbustos de rosas silvestres de todo corazón; pero si hubiera podido ver al niño que estaba esperando pacientemente en la estación de Bright River en ese mismo momento, su compasión habría sido aún más profunda.

CAPÍTULO II

LA SORPRESA DE MATTHEW CUTHBERT



MATTHEW CUTHBERT Y LA YEGUA ALAZANA cabalgaron cómodamente ocho millas hacia Bright River. Era una carretera bonita que corría a lo largo de acogedoras granjas, de vez en cuando bosquesillos de abetos balsámicos y una hondonada con ciruelos silvestres llenos de flores diáfanas. El aire era dulce con el aroma de muchos huertos de manzanas y los prados que descendían en pendiente hacia el horizonte de nieblas de color perla y violeta; mientras

*los pajaritos cantaban como si fuera
el único día de verano en todo el año.*

Matthew disfrutaba de la conducción a su manera, excepto en los momentos en los que se encontraba con alguna mujer y tenía que saludarla con la cabeza —porque en la Isla del Príncipe Eduardo se supone que tienes que saludar a todo el que te encuentras en el camino, lo conozcas o no.

Matthew temía a todas las mujeres excepto a Marilla y a la señora Rachel. Tenía la extraña sensación de que esas misteriosas criaturas estaban secretamente riéndose de él. Perfectamente podía estar en lo cierto al pensar eso ya que era un personaje de aspecto extraño, con una figura desgarbada y largo cabello

gris que le llegaba hasta unos hombros encorvados, además de la densa y suave barba castaña que llevaba desde los veinte años. De hecho, ya a dicha edad se parecía bastante a como era a los sesenta, aunque con algunas canas menos.

Cuando llegó a Bright River no había señal de ningún tren; pensó que era demasiado pronto de modo que ató su caballo en el patio del pequeño Hotel Bright River y se dirigió a la estación. La larga plataforma estaba casi vacía; la única criatura viviente que había a la vista era una niña que estaba sentada en una montaña de grava en uno de los extremos. Matthew, que apenas notó que se trataba de una niña, caminó de lado pasándola tan rápido como pudo sin mirarla. Si la hubiera mirado se habría dado cuenta de la tensa rigidez y la expectación en la actitud y la expresión de la niña. Estaba sentada allí esperando algo o a alguien y, ya que sentarse y esperar era la única cosa que había que hacer, ella se sentó y esperó a más no poder.

Matthew se encontró con el jefe de estación cerrando la ventanilla de los billetes, preparándose para ir a casa para la cena, y le preguntó si el tren de las cinco y media tardaría en llegar.

—El tren de las cinco y media ha llegado y se ha marchado hace media hora —respondió el enérgico funcionario—. Pero ha dejado un pasajero para usted, una niña. Está sentada por allí, en la grava. Le pedí que fuera a la sala de espera de las señoras, pero me respondió gravemente que prefería quedarse fuera. «Hay más espacio para la imaginación», dijo. Es todo un caso, diría yo.

—No estoy esperando una niña —dijo Matthew inexpresivamente—. He venido a por un chico. Debe estar aquí. La señora Alexander Spencer iba a traérmelo desde Nueva Escocia.

El jefe de estación silbó.

—Supongo que hay algún error —observó—. La señora Spencer bajó del tren con esa niña y la dejó a mi cargo. Dijo que usted y su hermana la estaban adoptando de un orfanato y que usted vendría a recogerla en breve. Eso es todo lo que sé sobre esto y no tengo ningún otro huérfano escondido por aquí.

—No lo entiendo —aseguró Matthew desamparado, deseando que Marilla estuviera por allí para enfrentarse a la situación.

—Bueno, más vale que le pregunte a la niña —opinó el jefe de estación despreocupadamente—. Me atrevería a decir que ella se podrá explicar, esa niña es bastante pizpireta, eso es seguro. Quizá se quedaron sin chicos del tipo que ustedes querían.

Se marchó alegremente, pues tenía hambre, y el pobre Matthew se quedó para hacer lo que para él resultaba más difícil que buscar a un león en su guarida: caminar hacia una niña, una niña extraña, una niña huérfana, y preguntarle por qué no era un niño. Matthew gimió para sus adentros mientras daba la vuelta y se dirigía hacia ella arrastrando los pies por el andén.

La niña había estado mirándolo desde que pasó a su lado y ahora lo estaba escrutando. Matthew no la miraba y no se habría dado cuenta de cómo era ella si lo hubiera hecho, pero un observador normal habría visto esto: una niña de unos once años, con un vestido amarillo grisáceo de lana, muy corto, muy ajustado y muy feo. Llevaba un desteñido sombrero de marinero de color castaño bajo el que, extendiéndose sobre su espalda, salían dos trenzas de un grueso y vivo cabello rojo. Su cara era pequeña, blanca y delgada, y con muchas pecas; su boca era grande y también sus ojos, que parecían verdes o grises según la luz y el estado de ánimo.

Eso para un observador ordinario; uno extraordinario podría haber visto que la barbilla era muy pronunciada; que los grandes ojos estaban llenos de espíritu y vivacidad; que la boca era de labios dulces y expresivos; que la frente era amplia y plena; en suma, nuestro observador perspicaz podría haber concluido que ningún alma vulgar habitaría el cuerpo de esta niña-mujer perdida, de quien el tímido Matthew Cuthbert estaba tan ridículamente temeroso.

No obstante, a Matthew le ahorraron el sufrimiento de hablar primero, pues tan pronto como la niña dedujo que se dirigía hacia ella, se levantó agarrando con una delgada mano morena el asa de una maleta de cartón desgastada y anticuada y extendiéndole la otra.

—Supongo que usted es el señor Matthew Cuthbert de Tejas Verdes —anunció con una voz particularmente clara y dulce—. Estoy muy contenta de verle. Empezaba a temer que no vendría a

por mí y me estaba imaginando todas las cosas que podrían haber ocurrido para impedirselo. Había decidido que si usted no hubiera venido a por mí esta noche habría ido a lo largo de ese camino hasta aquel gran cerezo silvestre del recodo y me subiría a él para pasar la noche. No me daría ni pizca de miedo, además sería estu- pendo dormir en un cerezo silvestre todo blanco por las flores a la luz de la luna, ¿no cree? Uno podría imaginarse que vive en sa- lones de mármol, ¿no le parece? Y estaba bastante segura de que usted vendría a por mí por la mañana si no lo hacía esta noche.

Matthew la cogió torpemente de su mano flacucha y enton- ces, en ese momento, decidió lo que hacer. No podía decirle a esta niña, con esos ojos brillantes, que había habido un error; la llevaría a casa y dejaría que Marilla lo hiciera. No podía dejar a la niña en Bright River de ningún modo, ni importaba qué error se hubiera cometido, así que todas las preguntas y explicaciones podrían también aplazarse hasta que estuviera de vuelta en la seguridad de Tejas Verdes.

—Lamento haber llegado tarde —susurró tímidamente—. Ven conmigo. El caballo está en el patio del hotel. Dame tu maleta.

—Oh, yo puedo llevarla —respondió la niña alegremente—. No pesa mucho. Tengo todas mis pertenencias en ella, pero no es pesada. Y si no se lleva de una manera determinada el asa se sale, así que mejor la llevaré yo porque le he cogido el tranqui- llo. Es una maleta de cartón extremadamente vieja. Oh, estoy muy contenta de que haya venido, incluso aunque hubiera estado bien dormir en el cerezo silvestre. Tenemos que recorrer un largo trecho, ¿no? La señora Spencer dijo que eran ocho millas. Estoy contenta porque me encanta ir en carruaje. Oh, parece tan ma- ravilloso que vaya a vivir con ustedes y ser una más de la familia. Nunca he tenido una familia de verdad. Pero el orfanato fue lo peor. Solo he estado en él cuatro meses, pero ha sido suficiente. Supongo que usted nunca fue un huérfano de un orfanato, de modo que no puede entender cómo es. Es peor que cualquier cosa que pueda imaginar. La señora Spencer me dijo que hago muy mal al hablar así, pero no lo hago con mala intención. Es tan fácil ser malvado sin darse cuenta, ¿verdad? Eran buenas perso-

nas, los del orfanato. Pero hay tan poco *espacio para la imaginación* en el orfanato, solamente con los otros huérfanos. Era de lo más interesante imaginarse cosas sobre ellos, imaginar que quizá la chica que se sentaba a tu lado era en realidad la hija de un conde que había sido robada a sus padres durante su infancia por una niñera cruel que murió antes de poder confesar. Solía quedarme despierta por la noche e imaginar cosas como esas, porque no tenía tiempo durante el día. Supongo que por eso soy tan delgada. Soy terriblemente delgada, ¿verdad? No tengo carne en los huesos. Me encanta imaginar que soy bonita y regordeta, con hoyuelos en los codos.

Con estas palabras la compañera de Matthew dejó de hablar, en parte porque se había quedado sin respiración y en parte porque habían llegado a la calesa. No pronunció ninguna otra palabra hasta que dejaron el pueblo y estuvieron descendiendo por una pendiente pronunciada de una pequeña colina, parte de cuya carretera había sido cortada tan profundamente a través del suave suelo que el borde, flanqueado con cerezos silvestres en flor y delgados abedules blancos, quedaba a varios pies sobre sus cabezas.

La niña sacó la mano y arrancó una rama de ciruelo silvestre que rozaba el costado de la calesa.

—¿No es precioso? ¿En qué le hace pensar ese árbol que sobresale por el borde, todo blanco y diáfano? —preguntó.

—Pues no sé —contestó Matthew.

—Pues en una novia, por supuesto, una novia toda de blanco con un bonito velo vaporoso. Nunca he visto una, pero me puedo imaginar cómo sería. No tengo esperanza de ser nunca una novia. Soy tan feúcha que nadie querrá casarse conmigo, a menos que fuera un misionero extranjero. Supongo que un misionero extranjero tal vez no sería muy peculiar. Pero sí espero algún día poder tener un vestido blanco. Esa es mi máxima esperanza de *felicidad terrenal*. Adoro la ropa bonita. Y nunca he tenido un vestido bonito en toda mi vida, al menos que lo pueda recordar, pero por supuesto es lo máximo que se puede esperar, ¿no? Y entonces me imagino que estoy vestida de forma deslumbrante. Esta mañana cuando dejé el orfanato me sentí avergonzada porque

tenía que llevar puesto este vestido de lana horrible y viejo. Todos los huérfanos tenían que llevarlo puesto, ya sabe. Un comerciante de Hopetown donó el pasado invierno trescientas yardas de tela al orfanato. Algunos dijeron que fue porque no podía venderla, pero yo más bien creo que fue por bondad de corazón, ¿no le parece? Cuando subimos al tren me sentí como si todo el mundo estuviera mirándome y sintiendo lástima de mí. Pero empecé a soñar e imaginarme que llevaba puesto el más hermoso vestido de pálida seda azul, porque cuando estás imaginando es mejor hacerlo con algo que valga la pena, y un gran sombrero todo de flores y plumas, y un reloj de oro, y guantes de cabritilla y botas. Me sentí animada inmediatamente y disfruté el viaje a la isla todo lo que pude. No me mareé ni un poco en el barco. Tampoco la señora Spencer, aunque ella normalmente se marea. Me dijo que no tuvo tiempo para marearse procurando que no me cayera por la borda. Dijo que nunca vio a nadie que me ganara a ser inquieta. Pero si se libró de marearse es una suerte que yo fuera inquieta, ¿no? Y yo quería ver todo lo que hay que ver en un barco, porque no sabía si alguna vez tendré otra oportunidad. Oh, ¡hay un montón más de cerezos silvestres en flor! Esta isla es el lugar más florido del mundo. Ya me encanta y estoy muy contenta porque voy a vivir aquí. Siempre he oído que la Isla del Príncipe Eduardo era el lugar más bonito del mundo y solía imaginarme que vivía aquí, pero en realidad nunca esperé que así fuera. Es estupendo cuando tus imaginaciones se convierten en realidad, ¿verdad? Pero esos caminos rojos son tan hermosos. Cuando subimos al tren en Charlottetown y los caminos rojizos empezaron a pasar le pregunté a la señora Spencer por qué tenían ese color y ella me dijo que no lo sabía y que por amor de Dios no le hiciera más preguntas. Me dijo que yo debía haberle preguntado al menos mil. Supongo que era verdad, pero ¿cómo se puede saber acerca de las cosas si no se hacen preguntas? ¿Y qué hace rojos esos caminos?

—Bueno, no lo sé —respondió Matthew.

—Bueno, esa es una de las cosas que hay que averiguar alguna vez. ¿No es espléndido pensar en todas las cosas que hay que averiguar? Simplemente me hace sentir feliz de estar viva, es un

mundo tan interesante. No sería ni la mitad de interesante si lo supiéramos todo sobre todas las cosas, ¿verdad? No habría *sitio para la imaginación*, ¿verdad? Pero, ¿estoy hablando demasiado? La gente siempre me dice que hablo demasiado. ¿Le gustaría que no hablara? Si dice que sí me callaré. Puedo parar cuando me lo propongo, aunque es difícil.

Matthew, para su propia sorpresa, estaba disfrutando. Como la mayoría de las personas calladas, a él le gustaban las personas habladoras cuando estas estaban dispuestas a hablar por los dos y no esperaban de él que participara en la conversación. Pero nunca había soñado con disfrutar de la compañía de una niña pequeña. Las mujeres eran bastante malas, pero las niñas pequeñas eran peores. Detestaba la manera que tenían de pasarlo tímidamente, con miradas de soslayo, como si esperaran de él que se las tragara de un bocado si se atrevían a pronunciar una palabra. Esa era el tipo de niña pequeña bien educada de Avonlea. Sin embargo esta «brujita» con pecas era muy diferente, y aunque encontraba algo difícil, con su lenta inteligencia, mantener el ritmo de los rápidos procesos mentales de la niña, pensó que «le gustaba su cháchara». De modo que murmuró tan tímido como de costumbre:

—Oh, puedes hablar tanto como quieras. No me importa.

—Estoy muy contenta. Sé que usted y yo nos vamos a llevar bien. Menudo alivio poder hablar cuando uno quiere y que no te digan que los niños deben *verse pero no oírse*. Me lo han dicho un millón de veces. Y la gente se ríe de mí porque uso palabras difíciles. Pero si uno tiene grandes ideas debe usar grandes palabras para expresarlas, ¿no es verdad?

—Bueno, eso parece razonable —afirmó Matthew.

—La señora Spencer dijo que mi lengua debe estar sujeta por el medio. Pero no es así, está firmemente fijada por un extremo. La señora Spencer me contó que su casa se llama Tejas Verdes. Le pregunté todo sobre ella. Y me dijo que hay árboles por todos lados. Eso me puso todavía más contenta. Me encantan los árboles. Y no había ninguno en absoluto en el orfanato, solo unos pocos troncos diminutos en la parte delantera con unas jaulitas blanqueadas alrededor de ellos. Yo solía decirles, «oh, ¡pobres

arbolitos! Si estuvierais en un gran bosque con otros árboles alrededor y pequeñas florecillas y musgos creciendo sobre vuestras raíces y un arroyo no muy lejos y pájaros cantando en vuestras ramas, podríais crecer, ¿verdad? Pero no podéis donde estáis. Sé exactamente cómo os sentís, arbolitos». Me dio pena dejarlos atrás esta mañana. Uno se siente muy unido a cosas como esas, ¿verdad? ¿Hay algún arroyo cerca de Tejas Verdes? Me olvidé de preguntárselo a la señora Spencer.

—Bueno, sí, hay uno justo al lado de la casa.

—¡Estupendo! Siempre ha sido uno de mis sueños vivir cerca de un arroyo. Aunque nunca pensé que lo haría. Los sueños no se hacen realidad a menudo, ¿verdad? ¿No sería estupendo si se hicieran siempre realidad? Pero justo ahora me siento muy feliz casi plenamente. No puedo sentirme completamente feliz del todo porque... bueno, ¿de qué color diría usted que es esto?

Ella tiró de una de sus largas y brillantes trenzas y se la mostró a Matthew sobre su delgado hombro. Él no estaba acostumbrado a decidir sobre los tonos de los mechones de las damas, pero en este caso no podía haber mucha duda.

—Es rojo, ¿no?

La niña dejó caer la trenza con un suspiro que parecía venir desde los dedos de sus pies exhalando toda la tristeza del mundo.

—Sí, es rojo —contestó con resignación—. Ahora ya puede ver por qué no puedo ser completamente feliz. Ningún pelirrojo puede serlo. No me importan demasiado las otras cosas, las pecas y los ojos verdes y ser flacucha. Puedo imaginar que no las tengo. Puedo imaginarme que tengo un cutis rosado y unos preciosos ojos violeta. Pero no puedo imaginarme sin el pelo rojo. Y mira que lo intento. Pienso, «ahora mi pelo es de un negro espléndido, negro como las plumas de un cuervo». Pero todo el tiempo sé que es rojo y eso me parte el corazón. Será mi *pena para toda la vida*. Leí una vez de una niña en una novela que tenía una pena para toda la vida pero no era el pelo rojo. Su pelo era puro oro que caía desde su *frente de alabastro*. ¿Qué es una frente de alabastro? Nunca pude averiguarlo. ¿Puede decírmelo?

—Me temo que no —se lamentó Matthew que estaba empe-

zando a sentirse un poco mareado. Como aquella vez, en su imprudente juventud, cuando otro chico le había convencido para subir al tiovivo en un picnic.

—No importa, fuera lo que fuese debe haber sido algo bonito porque ella era divinamente hermosa. ¿Se ha imaginado alguna vez cómo debe ser sentirse *divinamente hermosa*?

—Bueno, no, nunca me lo he imaginado —confesó Matthew ingenuamente.

—Yo sí, a menudo. ¿Qué sería usted si tuviera la posibilidad: divinamente hermoso, asombrosamente inteligente o angelicalmente bueno?

—Bueno, yo... no lo sé exactamente.

—Yo tampoco. Nunca puedo decidirme. Pero no tiene mucha importancia ya que no es probable que vaya a serlo nunca. Es seguro que no seré nunca angelicalmente buena. La señora Spencer dice... ¡Oh, señor Cuthbert! ¡Señor Cuthbert! ¡Señor Cuthbert!

Evidentemente eso no era lo que la señora Spencer había dicho; ni la niña se había caído del carro, ni Matthew había hecho nada extraordinario. Simplemente habían rodeado una curva de la carretera y se encontraron en la «Avenida».

La «Avenida», llamada así por la gente de Newbridge, era un trecho de carretera de unas cuatrocientas o quinientas yardas, completamente cubierta por las enormes copas de unos manzanos plantados hacía años por un viejo granjero excéntrico. Sobre la cabeza había un tupido follaje pleno de flores blancas y fragantes. Debajo de las ramas el aire estaba lleno del púrpura del atardecer y, a lo lejos, el destello del cielo crepuscular brillaba como un gran rosetón al final del pasillo de una catedral.

Su belleza pareció dejar a la niña enmudecida. Se recostó en la calesa, sus diminutas manos entrelazadas en el regazo y su cara embelesada ante el blanco esplendor. Incluso cuando habían pasado y estaban descendiendo la larga pendiente hacia Newbridge, ni se movió ni habló. Todavía con la cara extasiada la niña miró fijamente a lo lejos, hacia la puesta de sol en el oeste, con ojos que parecían contemplar visiones cruzando aquel brillante fondo. Todavía en silencio atravesaron Newbridge, un desbordante puebli-

to donde los perros les ladraron y los niños pequeños les gritaron y caras curiosas les miraron a través de las ventanas. Condujeron tres millas más y la niña seguía sin hablar. Podía quedarse callada, era evidente, con tanta energía como cuando hablaba.

—Me imagino que estarás bastante cansada y hambrienta — se aventuró a decir Matthew, achacando el largo silencio a la única razón que se le ocurrió—. Pero no tenemos que ir muy lejos, solo una milla más.

Ella salió de su ensimismamiento con un profundo suspiro y lo miró con la mirada soñadora de un alma que había estado vagando muy lejos, como guiada por una estrella.

—Oh, señor Cuthbert —susurró— ese lugar por el que vinimos, el camino blanco, ¿qué era?

—Bueno, supongo que te referes a la Avenida —dijo Matthew tras unos momentos de profunda reflexión—. Es un lugar muy bonito.

—¿Bonito? Oh, bonito no parece la palabra más adecuada. Tampoco hermoso. No son suficientes. Oh, era maravilloso, maravilloso. Es la primera cosa que he visto que no podría ser mejorada por la imaginación. Me alegra el corazón —se puso una mano en el pecho— me produjo un extraño dolor y, sin embargo, era un dolor placentero. ¿Ha tenido usted un dolor como ese, señor Cuthbert?

—Bueno, ahora no puedo recordar haberlo tenido nunca.

—Yo lo tengo un montón de veces, siempre que veo algo *espléndidamente hermoso*. No deben llamar a ese precioso lugar la Avenida. No hay significado en un nombre como ese. Deberían llamarlo... déjeme pensar... el «Camino Blanco de las Delicias». ¿No es un bello nombre imaginativo? Cuando no me gusta el nombre de un lugar o de una persona siempre me imagino uno nuevo y siempre me refiero a ellos así. Había una niña en el orfanato que se llamaba Hepzibah Jenkins, pero yo siempre me la imaginaba como Rosalía De Vere. Otros pueden llamar a ese paraje la Avenida, pero yo siempre la llamaré el Camino Blanco de las Delicias. ¿Es verdad que solo queda una milla más para llegar a casa? Estoy contenta y triste. Triste porque este paseo ha sido muy agradable

y siempre me da pena cuando las cosas agradables terminan. Algo más agradable puede venir después, pero nunca puedes estar seguro. Y muy a menudo ocurre lo contrario. Bueno, al menos esa ha sido mi experiencia. Pero estoy contenta de pensar que llegamos a casa. Usted verá, nunca he tenido un hogar real desde que tengo memoria. Me da ese dolor placentero otra vez solo el pensar de llegar a un verdadero hogar. ¡Oh!, ¿no es precioso?

Habían llegado a la cuesta de una colina. Debajo de ellos había una laguna que parecía casi un río, de larga y sinuosa que era. Un puente la cruzaba por la mitad, y desde allí hasta su extremo inferior, donde un cinturón de ámbar de colinas arenosas la separaba del lejano golfo azul oscuro, el agua era una sinfonía de preciosos tonos cambiantes —las sombras más espirituales de color azafrán y rosado y verde etéreo, con otros tonos elusivos para los cuales no hay nombre—. Más allá del puente la laguna corría hasta una arboleda de abetos y arces y se extendía reflejando sus oscuras sombras cambiantes. Aquí y allá un ciruelo silvestre sobresalía de la ribera como una niña vestida de blanco, de puntillas, contemplando su propio reflejo. Desde el extremo de la laguna llegaba el claro y tristemente dulce coro de las ranas. En una pendiente lejana había una casita gris asomando entre los manzanos de un huerto y, aunque todavía no estaba muy oscuro, en una de sus ventanas brillaba una luz.

—Esa es la laguna de Barry —dijo Matthew.

—Oh, tampoco me gusta ese nombre. La llamaré... déjeme pensar... el «Lago de las Aguas Refulgentes». Sí, ese es el nombre correcto. Lo sé por la emoción. Cuando acierto en un nombre que encaja exactamente me produce esa emoción. ¿Le producen a veces alguna emoción las cosas?

Matthew rumió:

—Bueno, sí. Siempre me estremezco cuando veo las orugas blancas comiéndose los pepinos. Odio verlas.

—Oh, no creo que esa sea la misma clase de emoción, ¿no cree usted? No parece que haya mucha relación entre orugas y lagos de aguas refulgentes, ¿no? Pero, ¿por qué la llaman la laguna de Barry?

—Creo que porque el señor Barry vive allí, en aquella casa. La Pendiente del Huerto es el nombre de su casa. Si no fuera por aquel gran matorral, detrás de ella podrías ver Tejas Verdes. Pero tenemos que cruzar el puente y dar una vuelta por el camino, de modo que está a una media milla.

—¿Tiene el señor Barry hijas pequeñas? Bueno, no demasiado pequeñas, más o menos de mi edad...

—Tiene una de alrededor de once años. Se llama Diana.

—¡Oh! —exclamó con una larga aspiración—. ¡Es un nombre encantador!

—Bueno, no lo sé. Me parece que hay algo terriblemente pagano en él. Me habría gustado más Jane o Mary, o algún nombre sensato por el estilo. Pero cuando ella nació había un maestro hospedado aquí y le dieron a elegir el nombre y la llamó Diana.

—Ojalá hubiera habido un maestro como él cuando yo nací. Oh, ya estamos en el puente. Voy a cerrar los ojos. Siempre me da miedo cruzar puentes. No puedo evitar imaginarme que quizá, justo cuando vamos por la mitad, le dé por cerrarse como una navaja y nos muerda. Así que cerraré los ojos. Pero siempre tengo que abrirlos cuando creo que estamos llegando cerca del medio. Porque, verá usted, si el puente se desploma quiero verlo desplomarse. Menudo ruido haría. Me encanta la parte del retumbo. ¿No es espléndida la cantidad de cosas que hay que nos gustan en este mundo? Ya está, ya hemos pasado. Ahora miraré hacia atrás. Buenas noches, querido Lago de las Aguas Refulgentes. Siempre les digo buenas noches a las cosas que me encantan, tal y como hago con la gente. Creo que les gusta. Ese agua parece como si me estuviera sonriendo.

Cuando habían conducido hasta la colina lejana, más allá de la esquina, Matthew dijo:

—Estamos muy cerca de casa ya. Eso de allí es Tejas Verdes...

—Oh, no me lo diga —le interrumpió sin aliento, cogiéndole el brazo a medio alzar y cerrando los ojos para así no ver hacia dónde apuntaba su gesto—. Déjeme adivinar. Estoy segura de que lo adivinaré.

Abrió los ojos y miró a su alrededor. Estaban en la cima de una

colina. Hacía un rato que el sol se había puesto, pero el paisaje todavía era claro con el suave resplandor del anochecer. Hacia el oeste la aguja oscura de una iglesia se elevaba contra el cielo color caléndula. Más abajo había un pequeño valle, y más allá, una larga y suave pendiente con granjas bien dispuestas dispersas a lo largo de ella. Los ojos de la niña se movían de una a otra entusiasmados y anhelantes. Finalmente se posaron en una a lo lejos, a la izquierda, lejos de la carretera, tenuemente blanca, con árboles en flor en el crepúsculo de los bosques circundantes. Sobre ella, en el inmaculado cielo del sudoeste, una gran estrella cristalina brillaba como una lámpara de guía y promesas.

—Esa es, ¿a que sí? —exclamó ella señalando con el dedo.

Matthew golpeó suavemente con las riendas en la grupa de la yegua.

—Bueno, ¡lo has adivinado! Pero creo que la señora Spencer te la describió, de modo que podías hacerlo.

—No, no lo hizo, de verdad que no. Todo lo que dijo bien podía haber sido sobre la mayoría de las otras casas. No tenía ni idea de cómo era. Pero tan pronto como la vi sentí que era mi hogar. Oh, parece como si estuviera en un sueño. ¿Sabe?, mi brazo debe estar amoratado desde el codo hasta el hombro de las veces que me he pellizcado hoy. Cada poco rato un sentimiento horrible y enfermizo me venía y estaba temerosa de que todo fuera un sueño. Entonces me pellizcaba para ver si era real, hasta que de pronto recordaba que incluso suponiendo que fuera solo un sueño, mejor sería seguir soñando tanto como fuera posible; así que dejé de pellizcarme. Pero es real y estamos ya cerca de casa.

Con un suspiro de éxtasis se quedó en silencio. Matthew se agitó incómodo. Se sintió contento de que fuera Marilla y no él quien tuviera que decirle a esta niña abandonada del mundo que el hogar que ansiaba no iba a ser el suyo después de todo. Cruzaron la hondonada de Lynde, donde ya estaba muy oscuro, pero no tanto como para que la señora Rachel no pudiera verlos desde su ventana privilegiada, y subieron la colina hasta el largo sendero de Tejas Verdes. Para cuando llegaron a la casa, Matthew se estaba viniendo abajo ante la cercana revelación, con una sensa-

ción que no comprendía. No era por Marilla o por sí mismo, ni por las molestias que se producirían por aquel error, sino por la desilusión de la niña. Cuando pensó que esa luz extasiada se borraría de sus ojos tuvo la sensación incómoda de que iba a asistir al asesinato de algo, un sentimiento parecido al que le invadía cuando tenía que matar un cordero o un ternero o cualquier otra criatura inocente.

El patio estaba muy oscuro cuando entraron en él, y las hojas de los árboles crujían sedosamente alrededor.

—Escuche a los árboles hablando entre sueños —susurró la niña mientras él la bajaba—. ¡Menudos sueños hermosos deben tener!

Entonces, agarrando fuertemente la maleta de cartón que contenía «todas sus posesiones terrenales», le siguió dentro de la casa.

